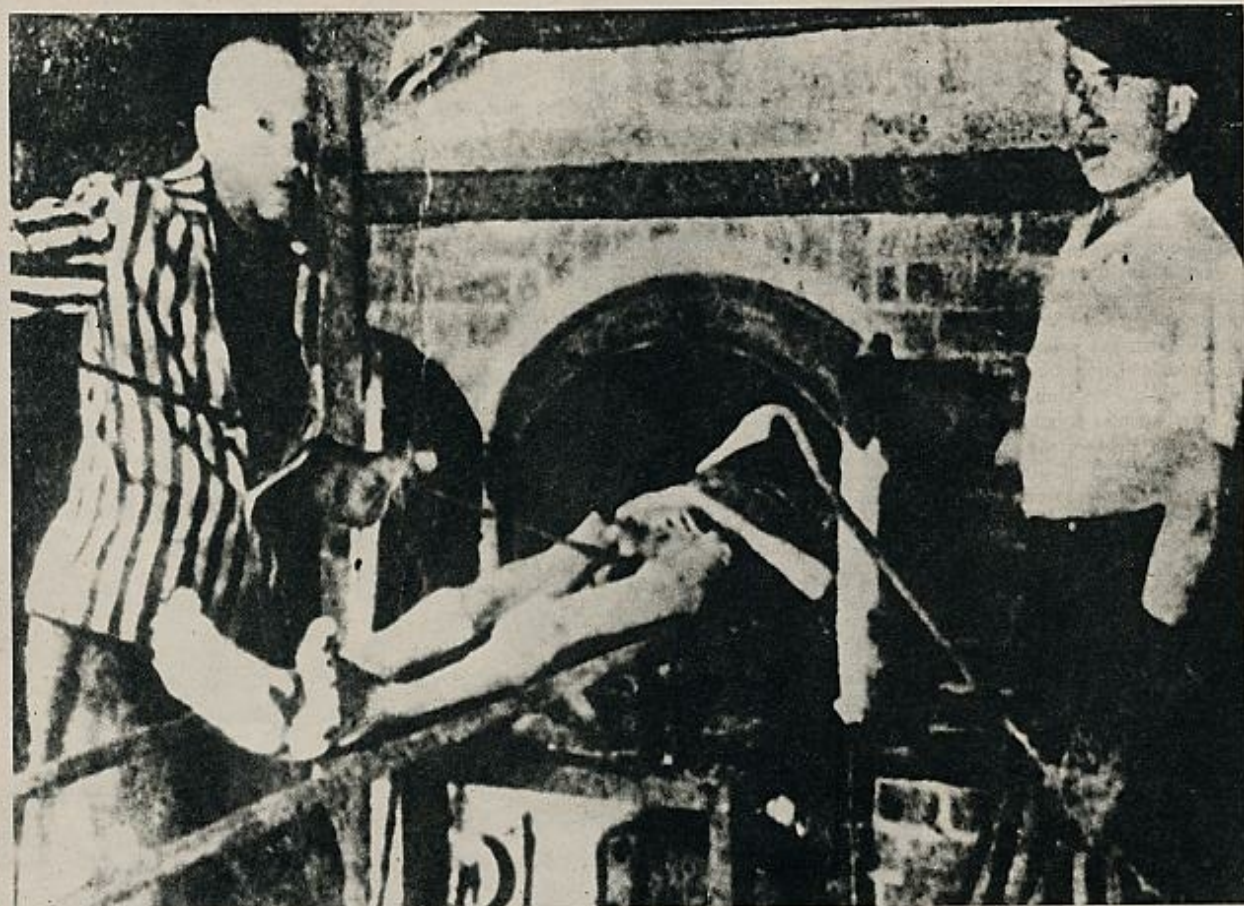


2 HACE 20 AÑOS. HISTORIA DE UN MES: ABRIL, 1945

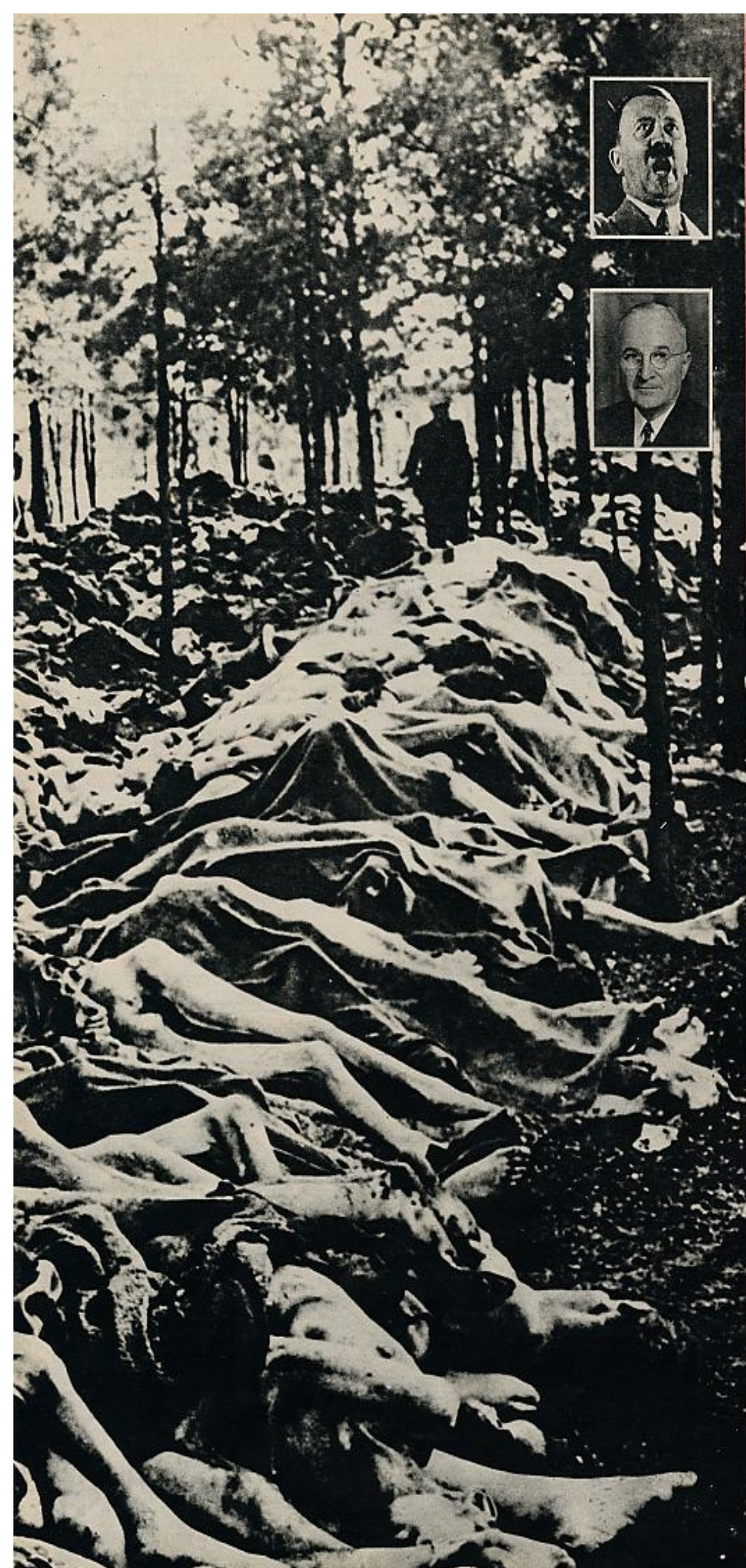


En Dachau, en Auschwitz, en Belchen... Eran las «fábricas de muerte» en las que millones de hombres fueron sacrificados por sus ideas políticas y por su raza, o, simplemente, porque la Naturaleza no les había concedido una constitución física robusta y fuerte.

# LOS CAMPOS DE CONCENTRACION

EL MUNDO DESCUBRE EL HORROR DE LAS "FABRICAS DE MUERTE"





SIN TERMINAR LA  
"GUERRA CALIEN-  
TE" EMPEZO LA  
"GUERRA FRIA"

un japonés  
debe seguir  
luchando des-  
pués de muerto

HIMMLER Y  
BERNADOTTE:  
PRIMER CONTACTO  
PARA LA PAZ

**L**A GUERRA SE DESARRO-  
LLABA COMO UN PASEO  
MILITAR para los aliados.  
Prácticamente, las tropas  
alemanas habían dejado  
de ofrecer resistencia a sus en-  
emigos occidentales: en cambio,  
luchaban denodadamente con los  
rusos. Hitler y sus íntimos pen-  
saban en la posibilidad de una  
«paz por separado»: es decir,  
aprovochar la idea de Churchill de  
enfrentarse con la URSS, de cortar el camino al **SIGUE**





Al borde de la fosa común, un nazi ejecuta, de un tiro en la nuca, a un prisionero judío. Abajo, un barracón en el campo de concentración de Dachau. Así lo hallaron las tropas aliadas. Y así fue en otros muchos lugares del Reich de Hitler.

comunismo, y aliarse con él para sobrevivir. Los alemanes habían hecho ya varias tentativas, más o menos fructuosas, en ese sentido. Había habido las conversaciones de Berna, entre el general Wolf y representantes de Gran Bretaña y Estados Unidos: se había llegado al acuerdo de que Kesselring abriría el frente y dejaría pasar a los anglo-americanos hacia el Este para adelantar a los rusos. Posteriormente, durante las primeras semanas de abril, el jefe de los servicios secretos americanos, Allan Dulles, había tomado contacto en Zurich con un alto jefe de las S. S. al que había puesto en comunicación con los generales Airey —británico— y Lemnitzer —americano—. Allan Dulles insistió en que los tres interlocutores debían ir disfrazados para despistar a los servicios secretos soviéticos, pero no lo consiguieron. Poco después Stalin había escrito una carta a Roosevelt: «Creo saber que como consecuencia de estas negociaciones separadas las tropas anglo-americanas obtienen ciertas ventajas, puesto que tienen la posibilidad de avanzar hasta el corazón de Alemania casi sin resistencia por parte del enemigo. Pero, ¿por qué era necesario ocultar esto a los rusos? ¿Por qué no han advertido ustedes a sus aliados?». La división entre los aliados era la última esperanza de Hitler, y ésta era probablemente la última razón de su resistencia cuando la guerra ya estaba perdida.

**E**L 13 DE ABRIL DE 1945 los soldados del III Ejército americano llegaban a un pueblo que no tenía especial significación en el mapa. Se llamaba Buchenwald. Fue el día en que los campos de concentración se conocieron en el mundo... En realidad, no era el primero que se descubría: los soviéticos habían encontrado en julio de 1944 el campo secreto de la muerte, en Majdanek, cerca de Lublin (Polonia), donde habían sido asesinadas entre un millón y dos millones de personas, pero sus noticias no habían sido tomadas en consideración, quizá porque dijeron entonces que en ese campo había muerto Leon Blum —por confusión con un prisionero de nombre parecido—, y como eso se sabía que no era cierto, se dudó de todo lo demás. Por otra parte, las noticias de fuente soviética no se divulgaban ape-

nas en la prensa de Occidente. Cuando los americanos llegaron a Buchenwald, no hubo posibilidad de dudas ni de ocultación. «Jamás la Humanidad apareció en mayor grado de degradación», escribe el Informe de la delegación aliada que visitó el campo. «Tenían bajo sus ojos una nueva especie de animal humano que los fotógrafos iban a hacer familiar al mundo entero: un ser pequeño, infantil, demacrado, sin cabellos, sin sexo, de color gris que, de tiempo en tiempo, lanzaba un grito agudo, que oía a los excrementos sobre los que yacía. Los liberadores del campo, enloquecidos de rabia, se arrojaron sobre los guardianes de aquellos campos. Los americanos que entraron en Dachau recorrieron el campo disparando con las ametralladoras sobre los nazis que quedaban. Los prisioneros que estaban en condiciones de moverse, que mantenían un átomo de fuerzas, tomaron terribles venganzas sobre sus verdugos. Un relato impresionante del descubrimiento de los campos de concentración es el de R. W. Thompson, corresponsal de guerra del «Sunday Times», que llegó con las tropas británicas que descubrieron el campo de Bergen-Belsen:

«El espeso humo azul de los incendios flotaba sobre los bosques de pinos a lo largo de la ruta de Wintzen a Belsen. En los campos, el trigo verde tenía un aroma de primavera y las hierbas que se consumían lentamente en los bosques de pinos dejaban desprender un perfume agradable. Respirando a pleno pulmón, se sentía brotar en el cuerpo la juventud y la alegría de vivir. Después, de pronto, un nuevo olor comenzó a insinuarse. Olor de muerte. Era el olor que nos llegaba para recordarnos —y esta vez sin posibilidad de ignorarlo o de olvidarlo— el horrible crimen cometido por Hitler y los nazis contra el género humano, contra el fundamento mismo de la vida y de la fe. No olvidaré jamás el horror de lo que iba a descubrir paso a paso. A primera vista aquello parecía, en peor, un enorme campo de barracas sembrado de torres de vigía de madera. Disimulado entre los pinos, este campo inmenso estaba dividido en sectores rodeados de alambradas, conteniendo cada uno una treintena de largas barracas que podían alojar, según las normas militares, unas cincuenta personas cada una. Los ocupantes, hombres, mujeres y niños, habían llegado poco tiempo antes. Por primera vez en varios días había agua en el campo, y por primera vez en varias semanas aquellas gentes podían lavarse, ellos y sus ropas. Lo más extraño es que desecaban, hombres y mujeres, en el mismo lugar donde se encontraban. No había instalaciones sanitarias en este infierno perdido en los bosques. Tuve entonces ante mi vista la imagen de la lenta destrucción de los seres humanos que, después de haber sido despojados de toda dig-

nidad y reducidos a la categoría de bestias, morían en estado de residuos. Este infierno, que sobrepasaba las más alucinantes descripciones del Dante, contenía unas 60.000 almas! No era fácil llamar así a estas trágicas caricaturas de la especie humana que se pudrían en sus propios excrementos, esas cosas que habían sido hombres y que se habían reducido al estado de esqueletos por medio de un hambre lenta y deliberada, no sin haberles despojado previamente de todo resto de dignidad humana, de forma que estaban ya muertos antes de morir. Yacían cadáveres cerca de las alambradas, cubiertos de harapos o desnudos, hombres, mujeres y niños, verdaderos despojos de la especie humana, casi irreconocibles. Y, sin embargo, estaban muertos sólo una hora antes. Se habían tumbado y habían muerto. Más adelante, en el campo, se encontraban montañas de cadáveres en pilas bien ordenadas. Cadáveres de miembros grotescos, en posiciones terribles. Una carretilla estaba cargada de una docena de cuerpos de mujeres y de niños, la piel del rostro recogida sobre el cráneo, como pergamino. Una pierna llevaba una media oscura, que una liga de menos de diez centímetros de diámetro no conseguía apretar. Una aureola de cabellos rojos cernía el rostro muerto de una mujer que clavaba los ojos en el cielo azul, sin poderlo ver ya. El mundo normal estaba lejos. El horror en sí mismo no significa gran cosa para un individuo. Esta mujer había tenido una vida propia, un objetivo, había sido amada de alguien. Había muerto por centenas, muertos, vivos y semivivos. Los muertos en grupos de tres o cuatro a la sombra de los pinos, los moribundos al borde de la carretera en actitud durmiente. Algunos se extinguían tranquilamente, otros se sentaban con brusquedad y hablaban precipitadamente. Aquí había una mujer sentada: sus ojos redondos entraban profundamente en sus órbitas. Una mujer más joven intentaba contener la baba que se le caía. Hablaba como un niño, del que no era más que la grotesca caricatura. El que no hubiese estado al corriente, habría podido creer que pedía un juguete. En realidad, era la muerte lo que imploraba. Lentamente, el capellán me llevó hasta el gran cementerio donde nuestros soldados estaban cavando fosas con los "bulldozer" para enterrar todos los muertos, todos los despojos humanos que se descomponían, que Adolfo Hitler y los de su raza habían, lentamente, deliberadamente, reducido a este estado. Día y noche un gran camión con remolques arrastraba cargamentos de cuerpos. Queda un momento conmigo, al borde de esta fosa llena de cadáveres: es un asunto mío, vuestro: éste es un asunto que concierne al mundo entero. La fosa tiene diez metros de profundidad, pero no puede verse el







Truman, el sucesor de Roosevelt en la Presidencia de los Estados Unidos, con la viuda de aquél. La señora Roosevelt continuó sus actividades políticas como uno de los delegados de su país en las Naciones Unidas.

fondo porque estaba repleta de cuerpos humanos, arrojados de cualquier forma, enlazados en la muerte. Hay muchachas y muchachos, hombres, mujeres, desnudos o semidesnudos, colocados en todos los sentidos, unos cara al cielo, los otros con la cabeza hundida en el montón humano. Al otro lado de un claro de arena se alza el horno crematorio. Un informe aproximado del responsable de las incineraciones dice que el mes pasado fueron destruidos 17.000 cuerpos. Parece que golpeaban en la cabeza a todos los prisioneros antes de echarlos al horno, porque había muy poca diferencia entre los muertos y los moribundos. En los rostros, en la expresión, no podía discernirse esa diferencia. Alemania se había convertido para mí en un objeto de horror. La odiaba hasta la obsesión... Me resultaba difícil hablar a un alemán, fuese quien fuese. Circulaba entre ellos, civiles o prisioneros, como si no estuviesen allí: había como un muro de llamas entre ellos y yo. El horror me había transformado. Mi concepto de la vida había cambiado. Todas mis ideas en materias sociales, políticas y económicas se habían cristalizado. Me he convertido en un idealista puro. He renunciado a todos los "ismos". Tengo fe en el espíritu humano, y creo que solamente mejorando el corazón de los hombres la civilización podrá ser salvada. Porque si es cierto que son los alemanes los que hicieron esto, no solamente los alemanes son capaces de hacerlo. Prisioneros lo han hecho a otros prisioneros. La especie humana puede hacer eso a la especie humana".

EN LA PRIMAVERA DE NUEVA YORK tres hoteles habían renovado sus salones y celebraban grandes fiestas: el Madison, el Plaza y el Sherry Netherland. Hollywood cursaba invitaciones a los «grandes» que iban a acudir a la conferencia de San Francisco para que visitaran los estudios de cine, que debían resurgir con películas sobre la guerra: ya se encargaban guiones sobre los campos de concentración, pero se exigía a los guionistas que tuviesen una historia de amor. Se esperaba especialmente a Eden, con su aspecto de galán maduro. En Londres se preparaba el desfile de la Victoria, que se veía venir: la carroza real debía estar tirada por caballos blyos. En París, el general De Gaulle redactaba una lista de condecoraciones y un periodista americano, Gibson McCabe, preparaba la edición de una revista relatando la rendición alemana, que sólo se pondría a la venta en el momento oportuno: esta revista iba a ser la edición continental de «News-week», que también cumple ahora sus veinte años. Inglaterra se inundaba de aparatos fotográficos alemanes que llevaban los soldados de permiso: en Alemania se habían entregado —escribió Alan Moorehead, corresponsal de guerra— «a un pillaje desenfrenado. Centenares de autos fueron robados de los garajes o de sus escondrijos, pintados de color militar. Cámaras, relojes, pistolas fueron automáticamente arrebatados a los prisioneros y a veces a los civiles. En casi todas las ciudades las tiendas fueron desvalijadas, las bodegas vaciadas. Incluso se arran-

caron pinturas de sus cuadros». Los oficiales del Gobierno militar trataban de poner un dique a la anarquía.

HARRY S. TRUMAN estaba tomando un «bourbons» en el bar del Senado cuando prácticamente le raptaron para llevarle a la Casa Blanca. Hijo de un antiguo campesino de Missouri, Truman había llegado al puesto de senador más bien por su simpatía y su carácter bonachón que por otra cosa; había sido elegido vicepresidente para resolver un compromiso entre dos candidaturas de «hombres fuertes» —Byrnes y Wallace— y había pasado por la guerra prácticamente sin enterarse. Se veía de pronto convertido en Presidente: todos temían lo peor de

esta figura borrosa, que, sin embargo, supo crecerse y representó un papel primordial, y grave, en la configuración del mundo. En la Casa Blanca le esperaba ya Mrs. Roosevelt, que había interrumpido un discurso que estaba pronunciando cuando le anunciaron la muerte de su esposo. «Harry, el Presidente ha muerto», le dijo Mrs. Roosevelt. Truman pudo apenas pronunciar unas palabras de pésame: los dos personajes quedaron después en un difícil silencio. Instantes después entraba el secretario de Estado, Stettinius, con el rostro deshecho. Este hombre, prácticamente inmovilizable, lloraba como un niño. Truman telefoneó a su mujer y a su hija para comunicarles la noticia y pedirles que fueran a presenciar cómo prestaba juramento. La ceremonia sucedió poco después, en la sala de consejos, ante el Gobierno. El juez comenzó a dictarle las palabras del juramento: «Yo, Harry Shippe Truman...». El nuevo Presidente corrigió: «Harry S. Truman. La S. no significa nada; Shippe era el nombre de mi abuelo, pero yo no le he adoptado. La S. es solamente una especie de adorno». Cuando la ceremonia terminó, Truman pidió quedarse sólo con los ministros para celebrar el primer consejo de su Presidencia: habían pasado sólo dos horas desde la muerte de Roosevelt. Apenas sentados en el salón apareció un secretario para decir que los periodistas querían saber si la muerte de Roosevelt podría interrumpir la conferencia de San Francisco. Todos los presentes miraron a Truman, el cual, sin vacilar un solo instante, y sin consultar a nadie, respondió: «Sí. Es una conferencia decisiva para el porvenir del mundo, y no hay razón suficientemente importante como para cortar el paso de la Historia». La decisión y la rapidez de la respuesta hizo sentir a todos un cierto escalofrío de emoción: el «milagro democrático» se había producido, y el nuevo Presidente tomaba sus responsabilidades. La reunión fue muy breve: Truman se limitó a decir que, de momento, rogaba a todos que se mantuvieran en sus puestos, aunque no les ocultaba que pensaba hacer cambios en el Gobierno. «Si bien intento seguir la política de Roosevelt, piensen ustedes que no soy un simple sustituto: deseo ser, y será, un Presidente sin hipotecas, completos». El senador bonachón y bromista había desaparecido para dejar paso a una insospechada **SIGUE** figura histórica.



En el Pacífico, las tropas norteamericanas seguían saltando de isla en isla con el objetivo final de ocupar el imperio japonés del mariscal Tojo, el imperio de la agresión a la base de Pearl Harbour, ahora vengada.





Mussolini había sido liberado por Skorzeny y había llegado a Berlín, donde fue recibido por Goering y, poco después, por Adolfo Hitler, su viejo aliado.

**E**L MUNDO BUSCABA FRENÉTICAMENTE noticias acerca del nuevo Presidente: Churchill, Stalin, angustiaban a sus embajadores en Washington para que les proporcionasen toda la información posible. En el bunker de Berlín, sonó el teléfono. Era Goebbels, que dio a Hitler la noticia: «Enhorabuena, mi Führer: Roosevelt ha muerto». Hitler comentó con sus próximos que su lectura de los astros le había anunciado que un acontecimiento inesperado iba a venir en ayuda de los nazis, y que sin duda éste era el acontecimiento. (En efecto, la llegada de Truman al poder fue decisiva para los alemanes, aunque para Hitler fuese ya todo inútil.) La radio de Tokio dio el anuncio de una forma inesperada: el primer ministro en persona dijo que «comprendía fácilmente la amplitud de la pérdida sufrida por el pueblo americano, al que enviaba su profunda simpatía». Inmediatamente después la radio transmitió una marcha fúnebre en homenaje al gran hombre desaparecido. Pero precisamente en Okinawa, en aquellos momentos, dos hijos de Roosevelt que servían en la Marina contemplaban la ferocidad con que los japoneses luchaban contra los americanos.

**E**L TENIENTE GENERAL MITSURU Ushijima había preparado un fuego de artillería que los expertos militares americanos que lo contemplaron y lo sufrieron describen como uno de los más perfectos de la Historia. Los cañones martilleaban incesantemente las tropas que se lanzaban al asalto de las posiciones fortificadas. Los combatientes suicidas aplicaban todos sus trágicos recursos. En un aeropuerto que habían establecido los americanos descendió, tranquila y apaciblemente, un avión de transporte japonés. Sus ocupantes saltaron al campo y con bombas de mano destruyeron todos los aparatos americanos: después, se suicidaron. En las zonas cercadas y sin posibilidad de defensa, se suicidaban civiles y militares. El corresponsal Robert Sherrod cuenta que vio tres mujeres sentadas sobre una roca, al borde de la playa, peinando lentamente sus largas cabelleras negras: cuando terminaron, avanzaron en un paseo lento hacia el mar, donde se dejaron ahogar. Un grupo de seis soldados y un oficial se quedaron sin municiones, amenazados por las ametralladoras americanas: se vio a los soldados arrodillarse en fila frente a su oficial, el cual lenta y metódica-

mente les cortaba la cabeza con su sable. Después, sable en mano, se lanzó contra una ametralladora americana, que le mató de una ráfaga.

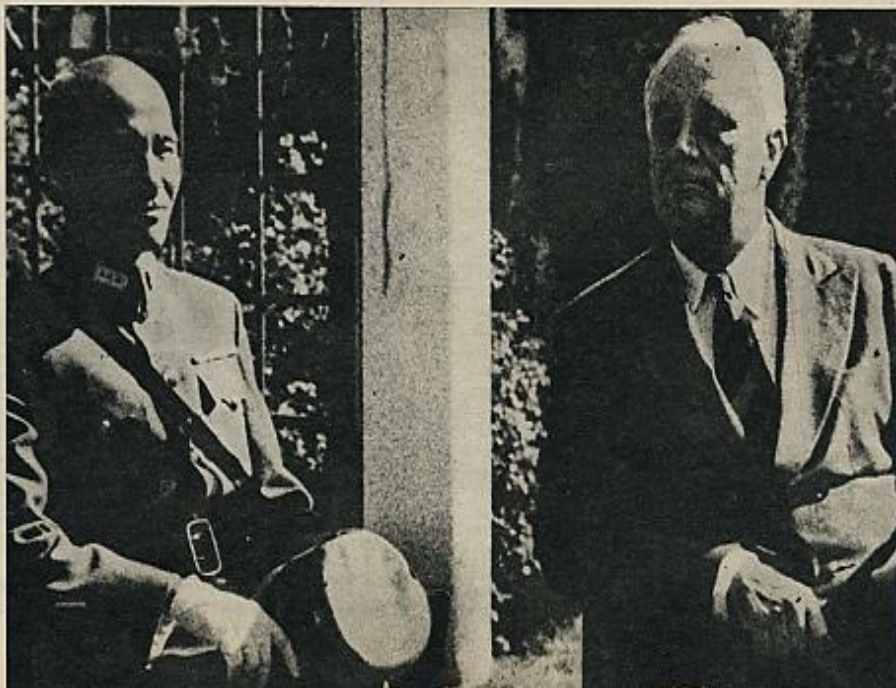
**E**L GENERAL PATTON LLEVABA al cinto dos pistolas con empuñadura de marfil. Se había indignado con un corresponsal americano que había escrito que las pistolas tenían las cachas de nácar. «El nácar da mala suerte; no lo sabe nadie, más que yo; pero es verdad». Patton no podía soportar sin un estremecimiento ver unas tijeras abiertas, o sal derramada. Su avance a partir de marzo había sido fulgurante, a partir del paso del Rin, hazaña que Patton hizo famosa por dos frases: «Quiero que el mundo entero sepa que el III Ejército americano lo ha conseguido antes de que Monty (el general Montgomery, británico) lo haya intentado», y un parte oficial enviado al War Department que terminaba con estas palabras: «Hoy he orinado en el Rhin». En efecto, Montgomery inició su ataque la misma noche en que Patton había conseguido establecer una cabeza de puente en la otra orilla, pero su operación no fue menos brillante. Había invitado a Churchill a que presenciara las operaciones desde la «roulotte» de gitano —pero con confort inglés— que seguía a Monty a todas partes y que era su «home» en plena batalla. Churchill escribe de aquel

momento: «Me hubiera gustado desplegar mis hombres, con uniforme rojo, sobre aquella llanura, y darles orden de cargar sobre el enemigo...». Pero la guerra ya no se hacía así. El esfuerzo de aquellos generales, espoleados por Churchill incesantemente, tenía como objetivo llegar al Elba y atravesarlo para después hundirse hacia el Este y encontrarse con los rusos lo más lejos posible. Eisenhower, sin embargo, había preferido quedarse a orillas del Elba y respetar los acuerdos de Yalta: así se lo hizo saber mediante un mensaje personal a Stalin. Monty, en cambio, atravesó el río y se encontró a la misma distancia de Berlín que los rusos. Pero los americanos habían hecho una presa más importante: habían encontrado el primer reactor atómico y, junto a él, habían capturado un grupo de sabios nucleares alemanes, que se apresuraron a reexpedir con todo miramiento hacia su retaguardia, desde donde iban a ser llevados a los Estados Unidos.

**C**ASI A LA MISMA HORA en que moría Roosevelt, los ejércitos soviéticos ocupaban enteramente Viena, donde ya no sonaban las campanas de la catedral de San Esteban, horriblemente destruida por los combates. La lucha dentro de la ciudad había durado seis días: las fuerzas alemanas que la defendían habían sido aniquiladas. Las fuerzas so-



En Okinawa continuaba la lucha contra el ejército «suicida» japonés, cuya resistencia fue vencida tras sangrienta lucha. El número de bajas sufridas por los nipones fue muy elevado. Abajo, Roosevelt y Chiang Kai Check, durante la conferencia celebrada en El Cairo, una de las primeras de aquella cruel guerra.





ABRIL,  
1945



El «fuhrer» vivía los últimos momentos de su «Reich de los mil años» y de su propia existencia. Desde el «bunker» de la Cancillería lanzaba órdenes que ya nadie cumplía. Abajo, la infantería soviética cruzando un río, sobre un improvisado puente, camino del objetivo final: Berlín.

viéticas comienzan a desplegarse a lo largo del Oder: las operaciones que dirige Zhukov tienen por objeto el asalto a Berlín. Las fuerzas soviéticas disponen de más de un millón de hombres, divididos en 16 ejércitos desplegados en un frente de 250 kilómetros. El 16 de abril están ya en Freienwalde, a 35 kilómetros de la capital de lo que en un tiempo fue la Gran Alemania y ahora es un montón de ruinas poblado por seres desesperados y hambrientos.

**HUMOR SOMBRIO EN MILAN:** Mussolini y sus ministros ya no pueden mantener la situación más tiempo. El cardenal-arzobispo de la ciudad interviene cerca de los oficiales alemanes que hay en la ciudad para que reanuden las negociaciones de paz en Suiza con los jefes de Estado Mayor americanos y británicos: Su Eminencia teme que el país quede en manos de los partisanos comunistas, si no hay un avance rápido y sin resistencia de los aliados. Los alemanes le escuchan y acceden. Pero Mussolini teme que su suerte personal sea la misma en cualquier caso. El general Clark ha llegado a las puertas de Bolonia. En la ciudad, son cada vez más insistentes los disparos de los guerrilleros. Mussolini comienza a pensar en la frontera suiza como salvación: pero en la frontera suiza hay tropas alemanas, y en el camino, guerrilleros comunistas... El general Mark Clark y su V Ejército se aproxima a Bolonia. La situación es cada vez más angustiosa. No hay noticias de Hitler...

**TRUMAN HA DADO ORDEN** de que se lea por radio el mensaje póstumo que Roosevelt había preparado en Warm Springs para el momento en que terminase la guerra. Se difunde el día 13, cuando se tributan honras fúnebres al gran hombre desaparecido. «Hay que desterrar las dudas, los terrores, la ignorancia, la codicia...». «Terminemos de una vez para siempre con esta forma de resolver las diferencias entre los Gobiernos, que consiste en el asesinato en masa de los pueblos...». Truman tiene una preocupación grave. El día antes, al terminar su breve primer Consejo de Ministros, el de Defensa, Henry Stimson, se quedó rezagado, con una actitud extraña. «Señor Presidente —le dijo, cuando se quedaron a solas—, hay un secreto terrible del que usted debe ser puesto al corriente lo antes posible. No soy yo solo quien debe hablar... Los mismos ministros no saben lo que pasa...». Por las insinuaciones del ministro de Defensa, Truman creyó comprender que se trataba de un arma increíble, fabulosa, capaz de acabar con todo el mundo... Pero Truman dedicó su primer día de Presidente —había entrado a las nueve de la mañana en el despacho de la Casa Blanca, donde por la noche los secretarios habían retirado todos los objetos personales de Roosevelt— a



informarse de la situación y recibía continuamente a los miembros del Gobierno, a los consejeros técnicos que le iban poniendo al corriente de la situación política. Truman lo ignoraba todo de la conferencia de Yalta, y estaba escasamente al corriente de los problemas que separaban al Gobierno británico y al suyo propio de los rusos con respecto a la constitución de un Gobierno provisional polaco en Lublin. Se le informó también de los detalles secretos de la preparación de la Conferencia de San Francisco. De todas las ideas que recibió aquel día, Truman retuvo principalmente precisamente aquella que Roosevelt trataba de evitar: la insistencia de Churchill en cortar el paso al comunismo, en Europa y en Asia; había que terminar la guerra en Europa antes de que la terminaran los rusos, y había que do-

minar al Japón antes de que los soviéticos, cumpliendo lo acordado en la Conferencia de Yalta, declarasen la guerra a los nipones.

**JORNADAS DRAMATICAS EN EL «BUNKER»** de la Cancillería. Hitler se iba quedando solo: sus principales colaboradores huían hacia Berchtesgaden, donde creían que se podría mantener una capital provisional de Alemania, un último refugio de defensa protegido por los Alpes, en espera del momento en que, como les parecía ya inevitable tras la muerte de Roosevelt, los ingleses y los americanos abrieran una guerra contra los soviéticos.

«A cada hora, a cada minuto —decía Hitler, según un artículo publicado por la «Pravda» en 1947— puede estallar una guerra entre los **SIGUE**





Mientras los soldados de la Francia libre se batían en los frentes junto a los aliados (arriba), el mariscal Petain trataba de conseguir una quimera: la de la amistad con la Alemania hitleriana. Abajo aparece con Hermann Goering, uno de los peores enemigos de Francia y gran mariscal del III Reich.



bolcheviques y los anglosajones». Algunas unidades soviéticas han llegado ya a las afueras de Berlín. Se dice en el *banker* que muchos alemanes se han refugiado en el metro berlinés, en lugar de combatir como se les ha ordenado, sin distinción de sexos ni de edades. Hitler no vacila en ordenar que se inunden las galerías subterráneas. Goebbels emplea todos los medios de su propaganda para ordenar a las poblaciones alemanas que se dirijan hacia las zonas ocupadas por los anglosajones, huyendo de los avances rusos. «Los rusos son bestias, diablos con figura humana...». El 16 de abril, Hitler redacta una orden para «mis

soldados del Este», para los que luchan frente a los rusos: «Esta es la suerte que os espera: los ancianos y los niños serán asesinados, vuestras mujeres, todas las muchachas, serán violadas». Y hace un llamamiento a «vuestra perseverancia, vuestro fanatismo y vuestras armas». Estas advertencias crearon una verdadera ola de pánico en las ciudades a las que se aproximaban los soldados soviéticos: los padres, los novios, los hermanos, mataban a las mujeres antes de lanzarse al combate, las poblaciones civiles huían, dejando en el camino moribundos o enfermos, bienes y enseres, hacia los soldados americanos o ingleses. Esta

acción dirigida desde el *banker* costó millares de vidas alemanas, pero consiguió que los rusos ocuparan tierras arrasadas y que encontraran una resistencia feroz que dificultó su avance.

Era la última acción política de Hitler, su única esperanza: conseguir que los aliados occidentales llegasen pronto a Berlín, antes que los rusos, y provocar una batalla entre ellos, en la que serían muy útiles los últimos recursos alemanes. En la bolsa del Ruhr, Model recibió una instrucción de Speer, ministro de Armamentos, de conservar en lo posible las poderosas instalaciones industriales de la zona, mientras Churchill conseguía que los bombarderos no las dañasen. En pleno combate, Model licenció a los soldados más jóvenes y más viejos de su ejército. El 17 de abril, en un bosquecillo cercano a Duisberg, el general Model se suicidó. Al día siguiente se rendían sus soldados: 325.000 hombres, con 32 generales.

**EL TENIENTE GENERAL HORECHIKA** Anami, ministro de la Guerra del Japón, redactó el 19 de abril la orden de combate más extraña de toda la historia militar. Ya había pedido a sus hombres que muriesen, y lo había conseguido, pero no bastaba. Anami dictó una orden dividida en cinco puntos concretos, con instrucciones detalladas, en la que mandaba a todos los miembros de su Ejército que combatesen después de muertos, utilizando sus almas. El mismo día Goebbels dirigía una proclama al pueblo en lucha en la que aludía también a las fuerzas sobrenaturales: «Las potencias enemigas se lanzan contra nuestras filas, pero será en vano: Dios hundirá a Lucifer como lo ha hecho tantas veces en el mismo momento en que se encontraba en el umbral de la potencia. No será el infierno el que prevalecerá, sino el orden, la paz y el bien».

**AL AMANECER DEL DIECINUEVE** DE abril los combatientes americanos de Okinawa se lanzaron al asalto de las fortalezas de Ushijima: el tranquilo y meditado fuego de la artillería y el nervioso ataque de los suicidas diezmaron a los asaltantes, que se habían encontrado con otro enemigo, calculado también por el general japonés: la temporada de las lluvias. Los americanos se movían en un mar de barro. El sargento de amarines Murray Lewis ha contado así aquellos combates:

*«La temporada de lluvias cayó sobre Okinawa cuando se estaban desarrollando los combates. He aquí cómo se veía la guerra desde un agujero de tirador de dos metros por uno, cavado en la pendiente de una colina: De momento no se conseguía distinguir al marine del terreno fangoso que lo rodeaba: formaban una sola masa. No llevaba impermeable, porque le hubiera molestado en sus movimientos. Estaba calado hasta los huesos y el barro le había convertido en una estatua de arcilla. Sus ojos estaban enrojecidos por la fatiga. Durante toda la noche los japoneses habían tirado con la artillería y los morteros sobre*

A la izquierda, dos grandes jefes de las tropas aliadas, el columna británica, después de haber atravesado el Elba,







La catástrofe se cernía sobre la Alemania hitleriana. El jefe de las S. S., Himmler, intentó negociar una paz separada con los aliados occidentales a través del conde Bernadotte y poder seguir la lucha, con ellos, contra los rusos.

el sector, y durante cada minuto de aquella interminable noche había escuchado los obuses asesinos aplastarse blandamente en torno a él. De tiempo en tiempo se escuchaba un grito de dolor, pero el marine estaba demasiado ocupado con su propia miseria para prestar atención. Quizá al alba un enfermero podría abrirse camino para llegar hasta el herido. Quizá, no. El marine había tragado lo que llamaba comida, pero solamente porque sentía que debía comer algo. Sus raciones eran escasas; el barro se había metido en las cajitas de cerdo y de yema de huevo. Tenía que comerlas frías porque era imposible encender fuego. Había sacado un cigarrillo del fero de su casco; pero también estaba mojado. El marine estaba acostado sobre su fusil, aunque sabía perfectamente que no podría mantenerlo seco. Sus ojos escrutaban la oscuridad en la espera de un contraataque posible, sin saber bien si lo temía o lo deseaba. En esta guerra de posiciones no había cincuenta metros de distancia entre los dos adversarios, pero los combates continuaban fuesen cuales fuesen las condiciones meteorológicas. Los tiros de artillería no habían cesado desde dos días

antes. La única diferencia es que, ahora, la lluvia transformaba la explosión de los proyectiles pesados en un rugido indefinible. "Haz que no me hieran en este barro —rezaba el marine—, haz que no reciba siquiera un rasguño".

EN MOSCU se había iniciado la construcción de un edificio que debía ser el más alto del mundo: cuatrocientos metros de construcción, más una estatua de 100 metros coronándolo; debía tener una sala de reuniones capaz de albergar 25.000 personas. En Hollywood se preparaba una película sobre Roosevelt; el libro que recogía los discursos y mensajes del Presidente se había convertido en un best seller. En Londres los sastres anunciaban que los encargos de sus clientes civiles se retrasarían dos años, puesto que primero debían hacer los trajes de los oficiales desmovilizados. En San Francisco se confeccionaban las banderas de la Conferencia de las Naciones Unidas: cuatro barras rojas sobre fondo blanco. Cada una de las barras significaba una de las libertades preconizadas por Roosevelt, y el fondo blanco simbolizaba la paz.

EL CORTEJO FUNEBRE QUE CONDUCA el cadáver de Roosevelt a la Casa Blanca (el propio Roosevelt había dispuesto los detalles de su entierro en una nota redactada en 1937) acababa de llegar a su destino. Truman había escuchado el himno nacional interpretado por la Banda de la Marina; antes de que sonasen las últimas notas estaba de nuevo en su despacho, escuchando un informe de Hopkins, que había gozado de la intimidad de Roosevelt, y que ponía al corriente al nuevo Presidente de los secretos políticos. Llegaron dos mensajes del incansable Churchill: uno pedía que se redactara un comunicado conjunto para celebrar la unión entre las fuerzas occidentales y las rusas en Alemania —unión que no iba a producirse hasta diez días después—, el otro insistía en que no se cumpliera una orden póstuma de Roosevelt por la que debían realizarse bombardeos masivos sobre la industria alemana. Churchill no conocía aún bien al nuevo Presidente como para explicarle las razones antisoviéticas por las cuales pretendía conservar Alemania lo mejor posible. En su lugar, decía que estos bombardeos, efectuados desde Inglaterra, podrían atraer represalias sobre Londres. Truman accedió en el acto a esta sugerencia de su aliado. Tenía ya preocupaciones similares a las suyas. En China los ejércitos de Chiang Kai Chek se encontraban prácticamente en guerra civil contra los comunistas. Según los historiadores soviéticos, Chiang Kai Chek había tratado de aliar a los americanos en esta guerra civil ofreciéndoles la posibilidad de «continuar su imperio colonial en Asia». Los informes que el general Stilwell, colocado por los americanos en el estado mayor de Kuomintang, enviaba a Washington eran graves. Acusaba a Chiang de ser «hombre testarudo, ignorante, despótico, poco inteligente, ávido», decía que el Kuomintang era «el caos, la corrupción, la pereza, el mercado negro, los impuestos excesivos, el divorcio entre las palabras y los actos», y que Chiang «prefería la victoria de Alemania a la presencia de una Rusia fuerte en las fronteras de China» (Joseph W. Stilwell, «The Stilwell Papers», William Sloane, Nueva York, 1948). En cambio, en otoño del 44 un grupo de hombres de negocios de Estados Unidos dirigidos por Nelson, jefe del Departamento de producción de guerra, había visitado a Chiang y había propuesto una serie de acuerdos industriales y económicos que aseguraban a los Estados Unidos una posición ideal en Asia. Roosevelt había dudado entre los informes de Stilwell, que le daban a entender que el mando de Chiang Kai Chek duraría poco y que todo acuerdo con él sería inútil, y la presión de estos hombres de negocios. Truman no dudó. Como Churchill en Europa, y sin duda muy directamente influido por él, pensó en que no debía compartir con la URSS la victoria en Asia. Por otra parte había presiones para que las conquistas americanas en el Pacífico se considerasen definitivas. Unos días antes de la muerte de Churchill un diputado por Tejas había pedido en el Congreso que se convirtiese en permanente la **SIGUE**

general Eisenhower y el mariscal Montgomery. El primero impone al segundo la Cruz del Mérito. A la derecha, una hace un alto en el camino. Por todas partes avanzaban los ejércitos aliados, mientras las tropas hitlerianas huían.





# Ella y Minipimer... ¡qué pareja cocinando!



mediterránea

**Minipimer,**  
con sus mil aplicaciones  
proporciona  
al ama de casa,  
un sin fin de oportunidades  
para  
lucirse en la cocina.

accesorios adicionales



Minipimer De Lujo P.V.P. 886'90 ptas.  
Minipimer Standard P.V.P. 736'40 ptas.  
(Impuestos incluidos)



ama la línea, mima la calidad

## ABRIL, 1945

ocupación de las islas japonesas ocupadas ya «puesto que son necesarias para el mantenimiento de la paz mundial». No arriaremos nunca la bandera de Iwo Jima o de otros territorios conquistados con sangre. Truman pensó sin duda que aquellas islas iban a ser bases trascendentales en el caso de que los comunistas llegasen a dominar en China, y que había que apresurar la conquista del Japón de forma que se produjera antes de la entrada en guerra de la URSS, procurando evitar las destrucciones industriales en el archipiélago, como Churchill trataba de salvar las industrias alemanas. Había ya indicios de que los japoneses deseaban un tratado de paz con ciertas condiciones; la misma forma en que hablan transmitido la noticia de la muerte de Roosevelt podía significar ya una aproximación. Desde que Truman tuvo acceso al poder, cesaron prácticamente los bombardeos sobre zonas industriales japonesas para centrarse en las ciudades y crear así el ambiente de terror que debía forzar la rendición. Cuando supo finalmente el secreto de la bomba atómica que debía estar dispuesta en tres meses, pensó que ésa podría ser la solución.

**EN EL DESIERTO DE LOS ALAMOS**, el grupo de sabios que se agrupaban en torno a Franck —distinto del grupo de Oppenheimer—, discutía la moción que tendría que presentar al Presidente en caso de que la bomba atómica fuese a ser utilizada en la guerra. La idea general de este comunicado era la de que había que advertir al enemigo de que iba a ser utilizada, es decir, presentarle un ultimátum de rendición, anunciándole a qué se exponía de no aceptar. En último caso, darle la oportunidad de evacuar la población civil de las zonas amenazadas. Advertían que hasta aquel momento la ciencia militar había descubierto un escudo para cada arma ofensiva inventada, pero que para la bomba atómica no había escudo posible; temían que la propia opinión pública americana no aprobase la introducción de un método de guerra «que destruya totalmente y sin discriminación la vida civil», y decían que en el futuro los Estados Unidos podían ser vulnerables a estas armas, dada la concentración de población en sus ciudades. (Este documento no fue entregado hasta fines de junio: la respuesta que obtuvo de la «Comisión Truman» fue ésta: «Hay que utilizar la bomba sin advertencia específica, lo más pronto posible y sobre un objetivo que ponga en evidencia su potencia devastadora.»)

**CUANDO LOS ALIADOS OCCIDENTALES** ocuparon la zona del Ruhr se abrió ante ellos toda Alemania, sin casi resistencia. Montgomery envió sus hombres hacia Holanda, y el 2.º Ejército británico hacia el mar Báltico. Bradley dirigió a sus generales favoritos, Simpson, Hodges y Patton, hacia el Elba. Eisenhower conducía la guerra con una cautela que parecía incomprensible; daba la sensación de que tenía acercarse a Berlín. En realidad, parece ser que actuaba en virtud de la leyenda de que iba a formarse un Gobierno alemán de Resistencia —como antes queda dicho— en los Alpes, en torno al «Nido de Águilas» de Hitler, en Berchtesgaden. Sus informes a Washington indicaban que la guerra podía durar aún seis meses. «Hasta que no terminó la guerra —ha escrito el general Omar Bradley— no supimos que ese famoso fortín de Baviera no existió nunca más que en la imaginación de algunos nazis fanáticos. No comprendo aún cómo hemos podido creer con tanta ingenuidad en algo tan fantásticamente exagerado». El «Nido de Águilas» fue destruido el 25 de abril por una explosión tremenda: una bomba de seis mil kilos, arrojada por un avia-dor británico, que contó al regresar: «Vi la casa entre la nieve... Toda la superficie era blanca y me es difícil precisar lo que pudiera haber en torno a ella. Cuando lancé la bomba, se elevó una llamarada terrorífica...». Mientras los occidentales realizaban este avance, los alemanes les facilitaban el camino retirando tropas para conducirlos a luchar contra los rusos. El general Wenck, que mandaba el 12 Ejército alemán, abandonó la línea del Elba para dirigirse velozmente al Este y combatir a los rusos. Como si quisiera advertir a los occidentales, Goebbels ordenó la publicación de este movimiento de tropas en todos los periódicos y su difusión por la radio: «Las tropas alemanas sobre el Elba han vuelto la espalda a los americanos» (operación citada por Toppelkirch, «Balance de la segunda guerra mundial»). Pero esta resistencia era ya inútil. El 21 de abril llegaban a Berlín las tropas del 1 Frente de Rusia Blanca, procedentes del Norte y del Nordeste, y cortando al Este la línea de defensa exterior de la ciudad; y el mismo día, por el Sur, llegan a la primera línea de defensa de la capital los soldados del 1 Frente de Ucrania. Contra estas últimas fuerzas choca el 12 Ejército alemán que había abandonado el Elba. Unas tenazas implacables van a cerrarse sobre la capital, que Hitler no ha abandonado. «Me quedo aquí —ha dicho— para dirigir la defensa de Berlín personalmente».

**LOS PRISIONEROS LIBERADOS DE LOS CAMPOS** de concentración han comenzado ya a hacer relatos ordenados, coherentes. Muchos han muerto después de liberados. Otros están aún en hospitales improvisados. Los que pueden hablar, cuentan: «Arrancar la piel de los prisioneros era cosa normal y corriente. La trataban con productos químicos, la hacían secar al sol y servía para hacer guantes, zapatillas, bolsos, pantallas. Los S.S. buscaban especialmente los tatuajes, que debían proceder de prisioneros sanos y no presentar ningún defecto. Nos entregaban veinte o treinta cuerpos de jóvenes asesinados limpiamente de una bala en la nuca —el prisionero que habla así estaba destinado en la enfermería de Dachau— para que no se estropease la piel. También nos pedían frecuentemente cráneos o esqueletos completos que no estuvieran defectuosos. En ese caso, hervíamos las cabezas o los cuerpos, separábamos la carne, blanqueábamos los huesos y los reuníamos. Cuando se trataba de cráneos, nos exigían que la dentadura estuviese en buen estado de conservación».

**LA «GUERRA FRÍA» COMENZÓ PRACTICAMENTE**, y casi jurídicamente, el 22 de abril de 1945. En ese día el Presidente Truman, completamente decidido ya en materia política, ha reunido una importante conferencia de políticos americanos. El almirante Leahy estaba allí —el libro en que relata este hecho se llama, precisamente, «I Was There»— y escribe en su diario esta nota: «El grupo reunido en torno al Presidente Truman considera que ha llegado el momento de tomar una actitud decisiva frente a la Unión Soviética». Averell Harriman había estado en Moscú y había dicho a Truman que amenazaba una invasión bárbara de Europa; en la conferencia del 22 de abril amplió sus puntos

(Continúa en la pág. 83)



(Viene de la pág. 42)

de vista, que coincidían notablemente con los de Churchill. En la conferencia se examinó la actitud rusa en Viena, donde habían formado un Gobierno provisional y no admitían la presencia de los occidentales, y la actitud de Stalin respecto al Gobierno provisional de Polonia establecido por él unilateralmente en Lublin. Según el historiador americano Fleming, en esta conferencia se establecieron las bases de la guerra fría frente a la URSS, y se anulaban los largos esfuerzos de Roosevelt para establecer la base de una comprensión mutua con los dirigentes soviéticos, que debería haber subsistido en tiempo de paz (Fleming, «The cold war and his origins», Londres, 1961). Truman, que veinte años antes, cuando tenía cuarenta, conducía su carreta, detrás de un caballo, en los campos de Missouri, y después había montado una camisería que se había arruinado, según la descripción de su amigo íntimo Roy Roberts (que publicó un artículo biográfico en el «Kansas City Stars»), hacía pivotar totalmente la política del mundo que el idealista Roosevelt había tratado de salvar. Es imposible decir por ahora si Truman había adquirido estas ideas en los diez días que llevaba de Presidente, si las había madurado en los años de Vicepresidencia, mientras veía progresar paso a paso la enfermedad que devoraba a Roosevelt, o si le habían sido impuestas por los poderosos grupos de presión americanos.

**EN EL CASTILLO DE SIGMARINGEN**, residencia de la poderosa familia Hohenzollern —primos del Kaiser— sobre el Danubio, un anciano contempla los últimos días de la guerra. El mariscal Petain se considera como prisionero de los alemanes —aunque sus condiciones sean muy distintas que las de sus compatriotas en Auschwitz—, que le hicieron abandonar Vichy para llevarlo a Alemania. Vivía con la mariscal y un pequeño séquito en las habitaciones altas de la suntuosa residencia. La radio le hacía conocer el progreso de las fuerzas aliadas. El mariscal había escrito a Hitler una carta pidiéndole autorización para regresar a Francia, donde iba a celebrarse un proceso contra él —anunciado para el 24 de mayo, se aplazó posteriormente— y pensaba comparecer para defender su honor. El 19 de abril supieron que había tropas francesas en las proximidades. «Pensábamos que íbamos a ser liberados por ellas y las esperábamos con impaciencia», ha contado la mariscal, después, al escritor Pierre Bourget. Pero los jefes alemanes quieren conservar al mariscal. El 21 de abril, a las cuatro y treinta de la madrugada, un cortejo de automóviles, precedido por dos vehículos de la Gestapo, hace evacuar el castillo a sus huéspedes hacia un lugar más seguro.

**EN EL MOMENTO EN QUE LA BOLSA del Ruhr** se había rendido, el primer Ejército francés, mandado por De Lattre de Tassigny, había recibido instrucciones de avanzar hacia Stuttgart. Incomprendiblemente, se había detenido en medio del camino. Cuando los americanos le instaron a que cumpliera las instrucciones, el general respondió que tenía órdenes del general De Gaulle, y que éste era su único jefe. Era un momento en que se discutía si los franceses tenían o no derecho a ocupar una zona de Alemania, y De Gaulle había querido ocuparla ya mediante la política del hecho cumplido. Truman se indignó: «Tratar de rapiñar territorios es incorrecto», dijo, y cortó los abastecimientos a los franceses, que terminaron por abandonar la zona. Poco después, los franceses crearon un incidente que pudo ser más grave. El primer Ejército de De Lattre ocupó la zona italiana del Cuneo, que estaba en el territorio ocupado por Alexander: izó la bandera francesa, introdujo el franco como moneda y anunció que pensaba quedarse permanentemente allí. De Gaulle explicó a los aliados que había procedido a pequeñas rectificaciones de fronteras. Churchill montó en cólera y explicó a Truman en una carta lo desagradable que le era oír hablar así al general De Gaulle, «a quien hemos instalado en Francia libre a costa de la sangre británica y americana». Truman amenazó a De Gaulle con retirarle toda ayuda en víveres y armas de los Estados Unidos, lo que hubiera significado su caída. Hubo un momento en que se pensó que habría combates entre anglosajones y franceses. De Gaulle obedeció y se retiró, pero no ha olvidado todavía esas humillaciones.

**LA CIUDAD DE LÜBECK ESTABA EN RUINAS.** La electricidad había sido cortada. Por eso, los dos hombres que se reunían en la noche del 24 de abril estaban solamente alumbrados por dos velas. Estos dos hombres eran el conde Bernadotte, mediador neutral, y el temido jefe de la Policía hitleriana, Himmler. No era la primera vez que se veían. Bernadotte realizaba su misión en busen de un armisticio desde noviembre del 44. El 19 de febrero, Himmler había hablado a Bernadotte de la necesidad de proteger a Europa contra el bolchevismo si llega a caer el frente del Este. El 2 de abril habían vuelto a encontrarse, y Bernadotte había dicho a Himmler que antes de pactar era necesario desembarazarse de Hitler. En la conversación de Lübeck, Himmler declaraba a Bernadotte: «Es posible que Hitler esté ya muerto o a punto de morir. Berlín está cercado: caerá en unos días. Confieso que Alemania está vencida. En esta situación puedo considerarme libre para negociar. Para salvar a Alemania de una invasión soviética estoy dispuesto a capitular en el frente del Oeste para permitir que los soldados occidentales avancen lo más rápidamente hacia el Este. Pero no estoy dispuesto a capitular en el frente oriental. Bernadotte regresó a Suecia, donde su Gobierno transmitía a los aliados estas propuestas.

**LONDRES HABIA decidido el 23 de abril** acabar con el oscurecimiento: ya no había peligro de bombardeos. Chorrus de luz brotaron aquella noche de todas las ventanas, entre gritos de júbilo, tras una noche de seis años. Muchas personas seguían, sin embargo, durmiendo en los refugios, donde ese encontraba más a gusto. Se llamó a aquello «neurosis de refugio».

E. H. T.

(Fotos KEYSTONE, COPRENSA, CIFRA y ARCHIVO)

EN EL PROXIMO NUMERO: 3.<sup>o</sup> Y ULTIMO CAPITULO  
**BERLIN, OCUPADO**



*Stick* DESODORANTE

**ROYALE AMBREE**

una sola aplicación...y será su imprescindible compañero de todos los días.



**ROYALE AMBREE**

además ha creado para Vd.

**LA NUEVA SERIE DE LUJO CINCO ESTRELLAS**

★★★★★



Salas efervescentes  
Talco para el cuerpo  
Serie para viaje  
Jabón

**LEGRAIN**

PARFUMEUR — PARIS

- \* por el nuevo concepto en su presentación.
- \* por su cantidad y duración.
- \* por su excepcional calidad.